

# Intervención de Louise Weiss, presidente *pro tempore* del Parlamento Europeo.

Entre el 7 y el 10 de junio de 1979, más de cien millones de ciudadanos de Bélgica, Dinamarca, Francia, Irlanda, Italia, Luxemburgo, los Países Bajos, el Reino Unido y la República Federal Alemana se acercaron a las urnas para elegir a los entonces 410 representantes del Parlamento Europeo.

Era la primera vez que se votaba por sufragio universal. De este modo se ponía en práctica el artículo 138 del Tratado CEE que, desde 1957, había previsto que la Asamblea europea fuese una expresión directa de los ciudadanos europeos. Habían sido necesarios veinte años de discusiones, proyectos y duras batallas políticas para alcanzar este resultado, que no era poca cosa: por primera vez en la historia de la humanidad, un sistema político supranacional se dotaba de una cámara de representantes elegida mediante el voto popular.

El 17 de julio de 1979, a la espera de la votación interna de su presidente (que resultaría más tarde Simone Veil), la decana del Parlamento, Louise Weiss -periodista, militante sufragista, pacifista, resistente francesa contra los nazis, europeísta desde siempre- asumió el rol de presidente *pro tempore* de la asamblea.

Cumpliendo aquel cargo, pronunció el discurso que aquí reproducimos, en versión casi integral, en lengua castellana<sup>1</sup>.

Honorables colegas, representantes electos de Europa.

Las estrellas del destino y los caminos de la escritura me han traído hasta esta tribuna para vivir aquí, presidente por un día, un honor que no habría osado soñar y una alegría -la más intensa que pueda experimentar un ser que se encuentra en el crepúsculo de su existencia-, la alegría de ver cómo milagrosamente se cumple una vocación de la juventud. He dicho las estrellas del destino. Debería agregar a mis amigos políticos que, conociendo mi manera de pensar, me han permitido obtener la confianza de los electores de mi país, Francia.

He dicho también los caminos de la escritura -los caminos de la pluma y de la ley- que, en tiempos bíblicos, se confundían. Periodista, escritora, cineasta, cuya tinta e imágenes jamás han traicionado la fe, me parece, en este momento, haber atravesado este siglo y surcado el mundo sólo para venir hasta ustedes como enamorada de Europa y para intentar formular, con su aprobación, las angustias y las esperanzas que atormentan y confortan nuestra conciencia colectiva.

Nuestros pueblos nos escuchan. América del Norte y del Sur, Asia, África, Oceanía nos escuchan. ¡Ah! Mis maravillosos europeos. Salvaguardemos juntos nuestro bien más preciado: nuestra cultura y nuestra fraternidad en esta cultura.

(Aplausos)

Les pido su acuerdo, *your agreement, Ihre Zustimmung, il vostro consenso, Uw akkoord, Deres tilslutning, combaontü*. Que esta jornada histórica no se concluya sin que haya brillado una nueva llama en el cielo de nuestra civilización que está rejuveneciendo, y que esta llama sea encendida por ustedes, aquí, en Estrasburgo, metrópoli simbólica de la reconciliación continental.

(Aplausos)

En primer lugar, conservemos un justo sentido de nosotros, como seres que se encuentran hoy, en el universo, en el pasaje dramático de la era del acero a la era del átomo; y, en este pequeño apéndice de Asia, en el pasaje lacerante de nuestras sociedades de sobre-consumo a sociedades de un nuevo tipo, constreñidas a ajustar cuentas con los imperativos contradictorios de la natalidad y del tiempo libre, de los empleos, de la seguridad y de la posible falta de materias primas. Aquí, en Europa, nuestros botones y nuestros cuadrantes han sustituido la fatiga del hombre. En otros lugares, éstos todavía vegetan en el seno de sociedades de pura supervivencia o, peor aún, de penuria. A pesar de las amenazas de todo tipo que pesan sobre ella, el deber de Europa es el de seguir ayudando a los desheredados de este mundo. Tal es aún su responsabilidad. [...] En cualquier caso, que nunca nos abandone la conciencia de ser herederos y testadores; los herederos de una espiritualidad esencial y los testadores de esta espiritualidad en beneficio de las generaciones futuras.

¡Los hijos, mañana! Quien piensa en un hogar, grande o pequeño -y el hogar europeo es inmenso- evoca, aunque no fuese por un estante de la biblioteca, el culto de los Antiguos. Cerca, éstos nos son familiares. Lejos, surgen Maestros de la niebla de la historia.

Honor a Carlomagno, *Karl der Grosse*, que integró la península ibérica a Europa, que concilió latinidad y germanismo. En el año 786, en Attigny, pequeño pueblo de las Ardenas francesas, donde estaba su palacio, hacía bautizar a Widukind, el rey de los Sajones, mientras los monjes de nuestra Irlanda, representada hoy en nuestra asamblea por la diputada europea más joven, que lleva el nombre ilustre de "de Valera", cultivaban las orillas del Marne.

Luego vino el medioevo. Espléndidos, en su erudición y en su síntesis, son los estudios de los historiadores de Europa. Las reglas de esta tribuna y el genio de este hemicycle me restringen desafortunadamente a hacer algunas elecciones. Honor al Papa Urbano II, a cuya llamada apasionada respondieron durante años, animados por una misma fe, europeos tan disímiles entre sí, como el inglés Ricardo Corazón de León, el alemán Federico Barbarroja, el rey Luis el Santo. Y honor a Dante, de nuestra Italia. Su *Divina Comedia* es un "compendio" de la cristiandad europea de su época. No olvidemos que la adornan reminiscencias islámicas.

Luego vino el Renacimiento. Imposible citar a todos los humanistas que la enriquecieron, europeos por definición.

Gloria a Shakespeare, de nuestra Gran Bretaña, que, desde los bastiones de Elsinore, golpeados por las olas de nuestra Dinamarca, nos ha dejado el interrogante que a todos obsesiona: ¡"ser o no ser"!

*O constancy! Be strong upon my side,  
Set a huge mountain 'tween my heart and tongue  
I have a man's mind but a woman's might.  
How hard it is for a woman to keep counsel.*

(Aplausos)

Gloria, gloria grande a Grocio, ciudadano de nuestra Holanda, padre internacionalmente reconocido de los Derechos del Hombre.

Luego fue la Europa del siglo de las Luces. Gloria a Voltaire, el defensor de Calas y del Caballero de la Barre. Gloria a Kant, el filósofo de Königsberg, que le dio orden a la metafísica. Y gloria a Goethe, de nuestra Alemania, cuyo nombre se ha convertido en sinónimo de la cultura que debemos perpetuar, para olvidar que somos mortales.

*Du musst herrschen und gewinnen,  
oder dienen und verlieren...  
Die Tat ist alles.*

Heredera de Grocio, la Gran Revolución francesa supo formular los Derechos del Hombre con una resonancia aún más grande. Los Derechos del Hombre: vergüenza de los campos de concentración, de los hospitales psiquiátricos para locos que no están locos, de los jueces encapuchados que condenan acusados de ojos vendados. Vergüenza de los genocidas que cubren de luto la tierra y, me atrevo a decirlo, lo hacen con total libertad.

*(Aplausos)*

Pero retomemos el hilo de la historia. Recordemos a Karl Marx, propugnador de la mejora de las condiciones laborales. Una vez más Israel dejó su marca en Europa. Permítanme constatar que este segundo Karl<sup>2</sup> no ha visto la encarnación de su propia obra. No ha sobrelado, conectadas por autopistas repletas de vehículos, las miles de casas, escuelas, hospitales, institutos de seguros e investigación, que son indicadores de la preocupación que nos estimula a nosotros, que somos trabajadores, la de hacer que cada europeo pueda vivir en el mejor de los modos posibles, asumiendo la colectividad la responsabilidad de abastecer sus carencias. Si hubiese podido contemplar estas realizaciones, ¿habría sido tal vez la dialéctica del autor de *El capital* más moderada? Quizás. Dios o demonio, un fanático no recuerda jamás los hechos, salvo aquellos que le agradan. La cosa no me sorprende. Mis antepasados alsacianos eran protestantes. Nuestros pastores condenaban a los “papistas” con una fuerza tal como para convertirme para siempre al liberalismo.

¡Y también gloria a Ferdinand de Lesseps! Europa de manera unánime asistió a la inauguración de su canal<sup>3</sup>. Fue, en las arenas, entre Asia y África, una gran fiesta de la humanidad. Y avancemos. Recordemos y demos reverencias a Víctor Hugo. Desde 1849, presidiendo un congreso de la paz reunido en París, proclamaba su esperanza en una unión europea, cuya idea había tomado forma en Francia inmediatamente después de las derrotas de Napoleón.

Cito:

Tendrán aún muchas controversias por sanar, intereses por debatir, discusiones por resolver, ¿pero saben qué pondrán en lugar de los hombres en armas, cañones, lanzas, espadas? Pondrán una pequeña caja de pino a la que llamarán urna de escrutinio.

Margarita Hugo, nieta de Víctor Hugo, fue mi compañera en la escuela.

Llamaré ahora, de entre los más brillantes hijos de Zeus y de la ninfa Europa, a mis contemporáneos, que muchos de ustedes ven ya como antepasados.

Entren ustedes a nuestro Panteón de Europa, patriarcas del Tribunal de Justicia de La Haya, a quienes he visto ya mayores en sus aureolas de prestigio. Entren, promotores de la Sociedad de las Naciones, pioneros de una Federación Europea cuyo texto fue repartido entre múltiples comisiones, subcomisiones, comités, subcomités, coloquios y seminarios, altas sedes de impotencia internacional. Entre Gustav Stresemann. Lo veo nuevamente llegar, rojo de emoción, a la estación de Ginebra-Cornavin, para representar a Alemania, autorizada a hacer uso de la palabra en la tribuna de la Reforma<sup>4</sup>. De sus ojos claros, de su cuello duro, de su energía, irradiaba una voluntad que desafiaba los insultos de los que eran objeto. Y lo sostuvo esa voluntad hasta la firma del pacto de Kellogg, cuando, pálido y demacrado, su corazón le advirtió que no era conveniente que se sobrepasaran los límites de su fuerza. No obstante, usted los sobrepasó. Entre, Aristide Briand. Percibo aún su voz parecida al sonido del órgano. Recuerdo su paso felino, la cabellera de plata y la colilla que fumaba constantemente en la esquina de sus labios, haciendo burla a la aparente majestad del estado, que, sin embargo, cada tanto él mismo sacaba a relucir. En 1931, en Berlín, tradujo la frase que el

Canciller Brüning le dirigió, luego de una reunión decepcionante, en un corredor que los intérpretes oficiales habían abandonado: -“Diga al Presidente Briand que, si no hay un acuerdo inmediato franco-alemán, se desencadenarán aquí, contra la civilización, eventos que no puede imaginar”. Traduje, pero en su benevolencia de celta soñador y confiado de la naturaleza humana por tradición socialista, Aristide Briand no comprendió a su interlocutor. Algunos años más tarde estallaba la Segunda Guerra Mundial. Ésta preservó nuestras libertades, pero no más allá de cierto Muro. Y persistió el drama de una Europa doblemente minada por una guerra económica de estrategias complejas, y de una guerra, llamada ideológica, que enmascaraba apetitos de poder. Ninguna de nuestras democracias era lo suficientemente grande como para quedarse sola.

Que entre Konrad Adenauer de Colonia, altanero como la aguja de su catedral, efervescente como su, como nuestro, Rin, bajo el aspecto de *pater familias* cristiano.

Entre, inolvidable, el tercer Charles, entre, Charles de Gaulle. Estamos reunidos gracias a ustedes dos. Señor de Colonia, el general lo había recibido en su morada situada sobre aquel altiplano austero no lejano de Alesia y de Verdun, que en el curso de los siglos todos los invasores de Francia habían ultrajado. Su actitud parecía inspirarse en una ilustre expresión: “Rey no puedo, príncipe no me digno, Gaulle yo soy”.

*(Aplausos de la bancada del grupo democrático europeo de progreso)*

El caminante que contempla la cruz de Colombey<sup>5</sup> se siente llamado. ¡Memorable 18 de junio<sup>6</sup>! De granito, desmedida, resiste a las tempestades, aquella cruz roja de Lorena. Algunas veces la cubren nubes que impiden distinguir entre el líder y su monumento. Sus largos brazos mandan, sus cabezas se confunden en las órbitas de la acción y en los cielos del pensamiento.

Entre Paul Valéry. Desde las cinco de la mañana, cada día, el espíritu invadía su cuerpo grácil. Su mirada azul oscura escogía a menudo posarse sobre Europa. Un día, mucho antes del segundo estallido mundial, me explicó, mezclando el azúcar de su café, que el destino de la civilización occidental se pondría en juego sobre el río Yalú, que separa China de Corea. Ese río me era desconocido. Dos decenios más tarde, Yalú se transformó en el Rubicón que separó al presidente Truman del General Mac Arthur.

Entre, Richard Coudenhove-Kalergi. El sucesor de su Paneuropa, en esta Asamblea, es un príncipe de Habsburgo. ¿Recuerda, Richard, las conferencias que compartimos en el *Middle-West* [en Estados Unidos]? Éramos tres europeos, luego de que llegara el célebre laborista Arthur Henderson, de nuestra Gran Bretaña. Cada tanto, con un humor profundo, Arthur nos decía: “queridos míos, estoy aquí buscando un proletario”. Debíamos exponer nuestros puntos de vista nacionales sobre los disensos que le impedían crecer a la agotada Europa del Tratado de Versalles. De pie en una especie de tribunal, nuestra audiencia pronunciaría entonces su veredicto. Enseguida nos vimos fundidos en una cultura específica tan fuerte que, en la desilusión general, nos presentamos como compañeros en camino hacia una meta común, a pesar de algunos cañonazos que no tenían, después de todo, una importancia fundamental. Por otro lado, no dejábamos de expresar nuestro reconocimiento a los soldados del Nuevo mundo, enamorados de su libertad, gracias a los cuales habíamos preservado la nuestra. Nosotros ignorábamos, entonces, que la salvarían una segunda vez. Tal era el precio de nuestra supervivencia común. Ella exige hoy otros sacrificios.

Entren, Robert Schuman y Jean Monnet.

*(Aplausos)*

Robert Schuman, clarificador lacónico de las contradicciones internas de nuestro continente. Guillermo el Taciturno, de nuestra Holanda,

parecía continuamente enseñarles que no era necesario esperar para emprender, ni triunfar para perseverar.

¡Jean Monnet! La Segadora que a todos tiende su emboscada, lo ha llevado poco tiempo atrás. Lo encontré en Burdeos, en 1914, desconocido pero ya juvenilmente profético. El día de su funeral toda Europa se agolpaba en la modesta iglesia de Montfort-l'Amaury in Yvelines. Cierro, la pequeña salamandra que había elegido como blasón, atravesará indemne muchos otros fuegos.

Y acérquese a nosotros, Albert Einstein, seguido de un cortejo de otros eminentes refugiados. Y ustedes, los asesinados, víctimas, que he conocido y amado, de nuestra lucha por la afirmación del individuo y por los derechos de nuestros pueblos liberales: el alemán Walter Rathenau, el italiano Giovanni Amendola, el rumano Ion Duca, el austríaco Engelbert Dollfuss, el checo Jan Masaryk.

¡Entren, entren! Pronto nuestra Asamblea dará la bienvenida a Grecia que ya se asocia, en el pensamiento, a nuestro homenaje. No hay aquí un descendiente de aquellos cimerios rubios y bárbaros que alguna vez amenazaron la Hélade, que hasta entonces no ha escalado, ni ha querido escalar, las gradas de la Acrópolis, templo de *Pallade Atenas*, nuestra Diosa de la Sabiduría a la que tan frecuentemente y con tanta voluptuosidad hemos desobedecido.

Esto es Europa. Intentamos merecer, por parte de aquellos que nos seguirán, el culto con el que rendimos tributo a aquellos que nos precedieron. Elegidos de Europa, pónganse de pie, por favor y, en honor a nuestros héroes, hagamos un minuto de silencio.

*(La Asamblea se pone de pie y mantiene un minuto de silencio)*

Sin embargo, que el culto de nuestros predecesores no escleroticen nuestra acción y no ofusque nuestra mirada hacia lo que vendrá. Tengamos cuidado de no convertirnos en clásicos nosotros mismos. La historia avanza. Las coyunturas se renuevan. Aquello que ayer era imposible será posible mañana. Además, ustedes no parten de una "tabula rasa". Desde 1946, en las ruinas bélicas aún calientes, Winston Churchill, de nuestra Gran Bretaña, expresaba el deseo de que se reconstituyera la familia europea. Desde los años '50, luego de la declaración del 9 de mayo de Robert Schuman, se les ocurrió a seis de nuestros estados más industrializados que un mercado común, basado en una unión aduanera y en compensaciones financieras, aumentaría el nivel de vida, tanto de productores como de consumidores. Cálculo justo, que la práctica sometería a constantes revisiones. Los seis del Mercado Común y de las Patrias firmaban entonces los extraordinarios Tratados de París, en 1951, y de Roma, en 1957.

Con sus planes cooperativos increíblemente intrépidos en aquellos tiempos de ajuste de cuentas entre vencedores y vencidos, ¿es, tal vez, Émile Mayrisch, de nuestro Luxemburgo, el antecesor de la Comunidad del Carbón y el Acero? ¿Mayrisch, cuyas empresas conferían una dimensión internacional a su país, Mayrisch, aquel burgués imperial de rubicunda tez que, desde 1921, me presentaba a sus pares, los industriales del Ruhr, en virtud de mi compromiso europeo?

Los seis fueron luego nueve. Muy pronto serán diez, todos formando parte de los órganos de consulta, de decisión y de ejecución que operan actualmente en esta misma ciudad [Estrasburgo], en Bruselas y Luxemburgo. Sin estas instituciones, sin el espíritu de cooperación del que han dado prueba, sin la masa de su información recogida con el objetivo de equilibrar los costos y las ventajas de cada uno, ustedes se habrían retrasado en su trabajo. En el transcurso de dos decenios, ellos prepararon la infraestructura que permitirá a vuestra Asamblea, que sucede a la vieja Asamblea de las Comunidades, cuyo eminente presidente, Emilio Colombo, está hoy entre nosotros, asumir su identidad con la consagración del sufragio universal directo. Emilio Colombo puso a esta asamblea en la situación de prestigio de la que hoy goza. Fue un colaborador

*Puente @ Europa - Año VII - Número especial - Diciembre de 2009*  
muy cercano de Alcide de Gasperi, tercer inspirador prestigioso de los Tratados de París. Seamos generosos también con el valiente Paul-Henri Spaak, de nuestra Bélgica.

*(Aplausos)*

He dicho sufragio universal porque las mujeres han tenido la parte del pleno derecho que les pertenecía. No hubieran tenido dicha parte cuando yo encabezaba en Francia la lucha por su igualdad en un clima tan retrógrado que nuestros adversarios podían, con éxito, concluir que las manos de las mujeres habían sido creadas para ser acariciadas y no para poner boletas en las urnas. Sin rechazar las caricias, las europeas han hecho, de todas maneras, uso de sus boletas, y ahí están, en tantos edificios y rascacielos, en las riendas del poder. Saludo calurosamente a aquellas que se encuentran entre nosotros, conscientes, sin espíritu de segregación, de la tarea que les compete.

A ustedes que me parecen tan jóvenes, les recordaré la obra de un arístócrata estonio publicada durante la sombría tregua de armas durante la cual nuestro continente tomaba un respiro antes de la segunda gran guerra mundial. En su *Europa. Análisis espectral de un continente*, el conde Hermann Keyserling se autodefinía occidental por el color de la piel, europeo por la educación recibida, báltico de nacimiento, ruso y alemán por su sangre, francés por cultura. Lo veo nuevamente, también a él, auténtico europeo, inmenso, hirsuto, inagotable, desgarrado, comentar hasta las tres de la mañana a la joven mujer que era yo entonces, bajo las luces de Saint-Germain-des-Prés, su publicación premonitrice. Cada uno de nuestros pueblos recibía primero una descripción satírica: el inglés, medio león y medio lobo, pero *gentleman* inofensivo una vez logrados sus objetivos; el alemán, para quien la cosa era más importante que el hombre y que, por eso, no podía defenderse de una nostalgia comunitaria; el italiano, que toma el teatro como fin en sí mismo; el francés, incapaz de entender que se quiera ser distinto a él y aferrado a sus definiciones como un salvaje a sus fetiches.

*(Risas)*

Me ahorro los demás. Esto no quita que el conde vociferante estuviera colmado de admiración por la riqueza, la variedad, la fuerza del aporte respectivo de nuestras patrias a su cultura común. Y así, yendo más allá en el análisis que el impulsivo Hugo, le parecía que exigir a Europa que se unificara como América y Rusia significaba no reconocer su esencia y, prácticamente, pretender su ruina. ¡Nada de *melting-pot*, nada de "crisol"! Europa debía unificarse de otra manera. Las naciones mantendrían sus lenguas, su estilo respectivo. Una unidad original, ejemplar, se constituiría, mientras las Patrias, completándose, subsistirían con su antiguo vigor. Si, en cambio, las cosas anduvieran mal, debía preverse una disgregación completa de Europa, tan deseada por algunos.

Todo esto para decir con qué cuidado el conde Hermann Keyserling habría vigilado los Tratados de Roma, haciendo suyas las protestas de sus custodios contra las distorsiones del Mercado Común, que van de las tarifas camufladas a las importaciones salvajes o a manipulaciones sobre cambios y a una cuantas otras rarezas cuyos expedientes estudié cuidadosamente. Sí, hubo trampas, presiones, y hasta consignas secretas que intentaron deshacer nuestro mercado, que ha resistido, luego de haber nacido, no por casualidad, sino por necesidad. [...]

Para esto, cualesquiera hayan sido las flechas (inclusive las mías) lanzadas contra las actuales estructuras europeas, debemos hacer justicia y transformarlas en cumplidos y agradecimientos. Éstas operaron lo mejor que pudieron, en un clima abstracto y celoso. Abstracto, es decir, extrahumano. Celoso, es decir, infrahumano. Nos evitaron lo peor: la sumisión unilateral, destructora de nuestras características nacionales. El apoyo a nuestra Asamblea las infundirá con un nuevo aliento, a condición de que ella misma no se atrofie en estériles conflictos de partido. Cargada de esperanzas que no puede desilusionar, ésta no deberá dejarse complacer.

Y hablaré, con gusto, del futuro. ¿Por qué tristes razones vuestra Asamblea debería vivir solo con los ojos fijados en los Tratados de París y de Roma? Sin contravenirlos, ella podría, haciendo hincapié en su soberanía moral sobre la cosa pública europea, hacer suyos los problemas cruciales que trascienden tales tratados y que son todavía más importantes que aquellos de la moneda y la energía. Destacaré tres.

El primero es un problema de identidad: no una identidad entendida como similitud, sino como percepción profunda de sí mismo. La insuficiente participación del electorado europeo en las elecciones de las cuales somos resultado demuestra cuán urgente es resolver tal problema. Imposible concebir una Europa sin europeos<sup>7</sup>. [...] Las instituciones comunitarias crearon remolacha, manteca, quesos, vinos, carne, y hasta cerdos europeos. Pero no hicieron hombres europeos.

*(Aplausos)*

Estos hombres europeos existían en el Medioevo, en el Renacimiento, en el Siglo de las Luces y hasta el siglo pasado. Ahora es necesario recrearlos.

Ya la juventud se encarga de eso, deambulando con la mochila en la espalda, ignorando las fronteras. Ya las ciudades gemelas han creado una red de hombres y mujeres alérgicos a los conflictos pasados, que se reconocen ligados al destino de su continente. Pero las escuelas, en su conjunto, no lo hacen, más allá de ciertas producciones excepcionales como la de Brujas en nuestra Bélgica, la escuela del profesor Brugmans<sup>8</sup>. Los profesores de distintas proveniencias destilan su ciencia evitando, los ingratos, proponerse como muestras de una Europa sin la cual habrían permanecido confinados a sus institutos locales. Ciertos soñadores pensaron en manuales escolásticos que transformarían nuestro pasado en juegos inocentes. La mentira no da frutos. Es necesario, en cambio, que en todas las escuelas del mercado común, de las más modestas a las más sofisticadas, se explique que a siglos de conflicto y masacres sigue hoy una era nueva que se basa, como doctrina, sobre el denominador común más pequeño, nuestra cultura.

*(Aplausos)*

[...] Se impone la creación, ya deseada, de una Academia Europea, de una Filarmónica Europea. Unamos los clubes deportivos europeos, ya que la cultura física es parte de la cultura general. No, no nos convirtamos en clásico de nosotros mismos. Un balón puede llevarnos más lejos que un obús.

Segundo problema: la natalidad. Al ritmo al que van las parejas, pronto no habrá más europeos. ¡Bien pronto! Entonces, ¿por qué esta Asamblea? Las estadísticas me parecen doblemente escandalosas: por su formulación y por su realidad. Cuando los expertos me dicen: las mujeres alemanas tienen sólo el 1,4 y las francesas sólo el 1,8 de los 2,28 niños necesarios, yo empiezo a imaginarme miles de bebés en pedacitos.

*(Aplausos de ciertas bancadas)*

Por otro lado comparto las angustias de la larga agonía puesta en las cifras de nuestra civilización. ¿Reavivarla? ¿Rejuvenecerla? Solo juntos podremos hacerlo.

[...]

Invoco en mi ayuda a un instinto que viene del origen de los tiempos. ¿Por qué antes las mujeres fecundas eran benditas? Primero, el hijo colaboraba con el trabajo familiar, o lo integraba. Segundo, el hijo se hacía cargo de sus viejos. Tercero, el hijo transmitía el patrimonio. Hoy el niño nace. Primero, impacientes, preocupados, los padres se preguntan qué harán con él. Segundo, no cuentan con su ayuda porque el estado se hace cargo de su vejez. Tercero, en cuanto al patrimonio, éste no se transmite más, porque se volatiliza, como todos sabemos.

No queremos negar que la aspiración a una sociedad con tiempo libre nos llegue, también ella, del origen de los tiempos. A excepción de los iniciados de la potencia y del conocimiento -los conquistadores, los creadores- los hombres libres siempre han trabajado de más para poder luego trabajar menos. En cualquier caso, si nuestra Europa en peligro quiere perpetuarse, debe afrontar una profunda transformación moral. Es lícito pensar que las parejas, una vez logrado el tiempo libre, percibida la interdependencia de la población activa y de la feliz vejez, satisfecha la necesidad natural de transmitir sus bienes, quieran multiplicar a través de los hijos su placer de vivir. No está prohibido imaginar otro ideal según el cual la fe en nosotros mismos acelere el nacimiento. ¿Cuestión de espíritu<sup>9</sup>? ¡Europa es una cuestión de espíritu!

Identidad, natalidad. Y llegamos al tercer problema que será, si lo desean, de vuestra suprema competencia: el de la legalidad, el de los Derechos del Hombre. Habían naufragado en Europa, estos derechos, con el naufragio de la Sociedad de las Naciones y con la ocupación de nuestro continente por parte de la dictadura nacionalsocialista. Emigraron entonces a los Estados Unidos, primero a San Francisco, luego a Manhattan. Allí, se perdieron. Algunos tiranos son recibidos con resquemor en el Palacio de Vidrio y llevados a sus comisiones, que se interesan por una mejoría en la suerte de los desheredados. El bizantinismo internacional llega inclusive a refutar la denominación de víctimas, por haber abandonado voluntariamente su país, a los pasajeros de las frágiles embarcaciones que actualmente se encuentran en peligro en el mar abierto, sin víveres ni destino<sup>10</sup>.

*(Aplausos)*

Los responsables de los genocidios, que bien conocemos, deberían haber sido expulsados de la Organización de las Naciones Unidas. ¿Alguien promovió esto? Nadie.

*(Aplausos desde el centro y la derecha)*

¿Cómo sorprenderse? Si se denomina democracias a los regímenes cuya oposición no está bajo tierra o en prisión, éstas serían menos de treinta en Manhattan entre las 150 o más que utilizan su Palacio y que firmaron los tratados de la Carta. Que “embrollo” exclamaría Charles de Gaulle. Proclamar el derecho no es una obligación, pero proclamarlo pretendiendo imponerlo mientras se lo traiciona es un crimen. Corresponde a ustedes denunciar este crimen. Una vez más, sean ejemplares.

*(Aplausos desde el centro y la derecha)*

Pero este mismo derecho, deben repensarlo en función de los impredecibles privilegios generados por la tolerancia de nuestra civilización liberal. En su propio nombre, esta tolerancia se inclinó frente al fanatismo y los abusos de fuerza. En particular, la concentración de poderes técnicos genera excesos que ni Grocio, ni los revolucionarios del '89, ni el mismísimo Marx, habían previsto. [...] Un puñado de hijos del desierto puede, desde el exterior, aniquilar una civilización a la que deben su fortuna, mientras que Europa, aun empobrecida, no deja de proclamar su solidaridad con los más necesitados de nuestro común Valle de Lágrimas. [...] En un espíritu de respeto de la filosofía de los Derechos del Hombre, se impone la búsqueda de nuevas concepciones relativas a la propiedad, el trabajo y los mandamientos de la cultura.

Identidad, natalidad, legalidad: Europa no reencontrará su esplendor si no es encendiendo nuevamente estos faros, los faros de la consciencia, de la vida y del derecho. Ustedes sostienen sus chispas.

¡Ah! Estén seguros de que este discurso, tan poco conforme a las costumbres, lo he pronunciado con plena consciencia del peligro nuclear que nos circunda. Sobre-equipado, nuestro planeta gira, ocupado en una tercera guerra, aquí enmascarada, allí feroz, insidiosa y polimorfa. Los documentos a los que he tenido acceso no me han persuadido de

que haya comenzado el desarme, salvo en el papel, mientras la ciencia nuclear se está vulgarizando. El peligro es tal que supera la angustia que se pueda sentir. Si lo supieran con exactitud, las parejas no tendrían más hijos. Ya algunos pueblos, más imaginativos que otros, se han transformado en topos para construir formidables ciudades subterráneas capaces de resistir los impactos y las radiaciones. Ya se piensa en preparar los refugios. Sin embargo, honorables colegas, existe aún una posibilidad de salvación, que vuestra autoridad moral de europeos, unidos contra el cataclismo eventual, puede ampliar. Esta posibilidad reside en el hecho de que no son las armas las que asesinan, sino los hombres. Las armas no piden ni ser inventadas ni aparecer de sus escondites. Sí, son los hombres los que asesinan, y si nosotros, los diez, no tenemos planeado aún vivir bajo tierra, permítanme la ilusión de pensar que no es por falta de créditos, sino porque nuestra espiritualidad nos prohíbe perder las esperanzas en la razón humana. [...]

## Notas

<sup>1</sup> Agradecemos a Gherardo Bonini, de los Archivos Históricos de la Unión Europea del Instituto Universitario Europeo de San Doménico di Fiesole (Italia), por señalarnos el texto y a los servicios de los archivos del Parlamento Europeo (DG1 Archives CARDOC) por procurarnos el texto en su versión original. La traducción y las notas quedaron a cargo del Coordinador Editorial.

<sup>2</sup> El primer “Carlos”, según su traducción al español, al que se hizo referencia es Carlomagno (Charlemagne, en francés).

<sup>3</sup> Hace referencia al Canal de Suez, construido en 1859, en Egipto. Ferdinand de Lesseps cumplió un rol protagónico en su realización.

<sup>4</sup> Alemania fue admitida en la Sociedad de las Naciones en 1926.

<sup>5</sup> Hace referencia al monumento funerario de Colombey, contruido para recordar al General de Gaulle, en marzo de 1971, pocos meses después de su muerte.

<sup>6</sup> El 18 de junio de 1940, el General de Gaulle realizó, desde los estudios de la BBC, en Londres, el célebre llamamiento a la resistencia del pueblo francés frente al avance de la Alemania nazi. Dicha grabación forma parte del programa Memoria del Mundo de la UNESCO, que promueve la preservación y el acceso a la herencia documental de la humanidad.

<sup>7</sup> Cabe señalar, sin embargo, que teniendo en cuenta la participación que la ciudadanía tendría en las elecciones futuras para elegir miembros del Parlamento Europeo, las que tuvieron lugar en aquel entonces gozarían, en términos relativos, de una participación más bien elevada (62%), en comparación, por ejemplo, con el 43% de participación del 2009.

<sup>8</sup> Se refiere al *Collège d'Europe*, centro de estudios europeos de posgrado, fundado en 1949. Tiene sedes en Brujas (Bélgica) y, desde 1993, en Natolin (Polonia). Su primer rector fue Hendrik Brugmans, quien ocupó el cargo entre 1950 y 1972.

<sup>9</sup> Expresión original en francés “question d'âme”.

<sup>10</sup> El término *boat people* se refiere a los ciudadanos que escapaban de las condiciones de violación de los derechos humanos y de pobreza extrema que siguieron a los dramáticos acontecimientos en la península de Indochina durante estos años.

# Intervención de Simone Veil, primera presidenta del Parlamento Europeo.

*Criada en Francia en el período de entreguerras, esta “mujer luchadora”, como la definiría El País en 2005<sup>1</sup>, deportada a Auschwitz a los dieciséis años, luego de su retorno a Francia, se dedicó a la carrera judicial antes de ingresar a la política en 1974, cuando fuera convocada por Valéry Giscard d'Estaing, recién elegido como presidente de la República.*

*Como titular del ministerio de Salud, entre 1974 y 1979, desarrolló una activa política de apoyo a los derechos de las mujeres e igualdad de género, en la cual se debe destacar la ley sobre la regularización de la interrupción voluntaria del embarazo de 1975, que le valió fuertes críticas de los sectores conservadores y de las jerarquías eclesásticas, tanto católicas como judías.*

*En 1979 abandonó el gobierno para encabezar la lista para las elecciones europeas por la Unión por la Democracia Francesa, coalición dentro de la cual estaba adscrito el Centro de Demócratas Sociales.*

*El 17 de julio 1979 fue nombrada presidenta del Parlamento Europeo, para asumir una responsabilidad “pesada, pero también apasionante”, como ella misma anticipó, en la intervención que aquí reproducimos. Fue así la protagonista de un debut, que ella misma calificó, años después, como “muy difícil”. No solo por la presencia de importantes grupos políticos anti-europeos, sino por la complicada relación del Parlamento con la Comisión. La alocución que reproducimos, del 18 de julio, fue su primer discurso como presidenta, cargo que desempeñó hasta enero 1982<sup>2</sup>.*

Estimados colegas, señoras, señores, es un gran honor el que me han hecho al nombrarme presidenta del Parlamento Europeo. La emoción que siento al ocupar este sillón es tan profunda que no podría expresarla. Ante todo, desearía agradecer a todas y a todos los que han puesto mi nombre en su voto. Me esforzaré en ser una presidenta que se ajuste a sus deseos. Me esforzaré también, conforme al espíritu de la democracia, en ser la presidenta de toda la Asamblea.

La sesión de hoy se desarrolla en un marco que, aunque para muchos de ustedes es familiar, sin embargo, no por ello deja de revestir un carácter histórico. Sin dudas es esto lo que explica, a la vez, la concurrencia y la calidad de quienes han aceptado nuestra invitación. Me excuso por no poder nombrar a todas las personalidades presentes y les extiendo, en nombre de cada uno de sus miembros, el saludo de nuestra Asamblea.

Tenemos el inmenso honor de recibir hoy a muchos presidentes de parlamentos de países asociados y terceros, que representan a naciones de cinco continentes, y que mediante su presencia aportan un apoyo inestimable a nuestra construcción democrática, demostrando la importancia que atribuyen a las relaciones con nuestro parlamento. Apreciamos enormemente, señoras y señores presidentes, que hayan aceptado nuestra invitación, apreciamos enormemente su gesto de amistad y solidaridad, y se los agradezco especialmente.

Ayer por la tarde expresé la gratitud que debemos a Louise Weiss, quien tan bien ha guiado nuestros primeros pasos. Me permitirán ustedes agregar una palabra y mencionar su destacada contribución a todas las luchas llevadas adelante para la emancipación de la mujer.

Es para mí un deber, pero también un honor, rendir homenaje a la Asamblea que nos ha precedido, y más precisamente a sus presidentes, que han dirigido sus trabajos con la autoridad que conocemos. De-

searía, en particular, destacar el homenaje que debemos al presidente Colombo, quien ha ocupado este sillón con talento y que ha ganado, en esta difícil misión, la estima de todos.

El Parlamento Europeo, por su conformación y por el trabajo hecho desde la creación de la primera Comunidad Europea del Carbón y del Acero, y, en particular, desde la constitución de la Asamblea Única de las Comunidades en 1958, ha jugado desde su origen un rol importante, pero también un rol creciente en la construcción de Europa. Cualquiera que sea la innovación profunda que representa su elección por sufragio universal directo, nuestra Asamblea es ante todo heredera de las asambleas que la han precedido. Se inscribe en la misma línea abierta por todos aquellos que han ocupado sus bancas desde hace una generación, desde que la idea europea y el principio democrático se han reencontrado.

Al comienzo con modestia y discreción, habida cuenta de los poderes limitados que le atribuía el Tratado de Roma, el Parlamento Europeo, gracias a la influencia política creciente que ha progresivamente adquirido, ha ido consolidado su rol en las instituciones de la Comunidad y en la construcción comunitaria. Ha sido esta creciente influencia la que ha llevado a la firma de los tratados del 21 de abril de 1970 y del 22 de julio de 1975, que han reforzado los poderes presupuestarios de la Asamblea. Además, por una serie de disposiciones prácticas, la participación de la Asamblea en el ejercicio de los poderes de la Comunidad se ha estructurado y desarrollado.

El Parlamento que hoy se reúne no perderá de vista los logros alcanzados por las Asambleas anteriores. Ninguno de los presentes olvidará que ha contribuido a la puesta en marcha, conforme a la esperanza de los fundadores de la Comunidad, de una “unión cada vez más estrecha entre los pueblos de Europa”.

Si he sentido hasta aquí el deber de recordar, aún en pocas palabras, la obra considerable de las asambleas que nos han precedido, siento aún más el deber de destacar la profunda novación que constituye, en el seno de las Comunidades Europeas, la primera elección por sufragio universal directo del Parlamento.

Por primera vez en la historia, en una historia que los ha visto frecuentemente divididos, enfrentados, luchando encarnizadamente, los europeos han elegido, juntos, a sus delegados para una Asamblea común que representa en la actualidad, en esta sala, a más de 260 millones de ciudadanos. Estas elecciones constituyen, sin lugar a dudas, un evento capital en la construcción de Europa desde la firma de los tratados. Desde luego, en los diferentes Estados miembros, los procedimientos electorales son todavía distintos, conforme al acta del 20 de septiembre de 1976 que condujo a la elección de los representantes de la Asamblea por sufragio universal directo, y somos nosotros quienes tendremos, en vista de las elecciones futuras, que elaborar un modo de escrutinio uniforme. Esta es una tarea a la que, junto a ustedes, dedicaré mis esfuerzos.

Más allá de su pertenencia política, cada uno de nosotros tiene conciencia de que la novación histórica que representa la elección del Parlamento Europeo por sufragio universal se produce en un momento crucial para los pueblos de la Comunidad. Todos sus estados enfrentan hoy tres desafíos importantes: el de la paz, el de la libertad, el del bienestar, y parece claro que la dimensión europea es la única que está en condiciones de permitirles enfrentar estos desafíos.

*(Aplausos)*

En primer lugar, el desafío de la paz. En un mundo en el que el equilibrio de fuerzas ha permitido, hasta el presente, evitar el cataclismo suicida de conflictos armados entre superpotencias, vemos cómo se multiplican, en cambio, los conflictos locales. El período de paz que ha

prevalecido en Europa constituye un bien excepcional, pero ninguno de nosotros debe subestimar su fragilidad. ¿Es necesario subrayar hasta qué punto esta situación es novedosa en Europa, donde las batallas fraticidas y mortíferas han constantemente marcado su historia?

Como aquellas que la han precedido, nuestra Asamblea es depositaria de la responsabilidad fundamental de mantener, más allá de nuestras divergencias, esta paz, que es, probablemente, para todos los europeos, el bien más precioso. Las tensiones que reinan en el mundo actual, vuelven más pesada esta responsabilidad, y la legitimidad que nuestra Asamblea obtiene del sufragio universal la ayudará, esperemos, a asumirla, al mismo tiempo que a irradiar nuestra paz hacia el exterior.

El segundo desafío fundamental es el de la libertad. En el mapa del mundo, las fronteras del totalitarismo se han extendido tanto que las islas de la libertad están rodeadas por regímenes donde reina la fuerza. Nuestra Europa es una de estas islas, y celebramos que al grupo de países que la integran se sumen Grecia, España y Portugal, de vocación tan antigua como la nuestra.

*(Aplausos)*

La Comunidad estará dichosa de recibirlos. La dimensión europea debería, una vez más, fortalecer esta libertad, cuyo precio, muchas veces, no se valora hasta que se pierde.

Finalmente, Europa está sometida al gran desafío del bienestar, es decir, a la amenaza que constituye, por el nivel de vida de nuestras poblaciones, la conmoción que, durante los últimos cinco años, la crisis petrolera ha hecho estallar y, a la vez, revelado en toda su dimensión. Luego de haber conocido, durante una generación, un progreso en el nivel de vida cuyo ritmo elevado y sostenido no había existido en ningún período de la historia, todos los países de Europa enfrentan en la actualidad una suerte de guerra económica que ha desembocado en el retorno de una plaga olvidada, el desempleo, y que ha puesto en peligro el crecimiento de sus niveles de vida.

Estos trastornos llevan a cambios profundos. En nuestros países, todos presentimos estos cambios, y aun presintiéndolos, los tememos. Todos esperamos de los gobiernos y de los elegidos, tanto a nivel nacional como europeo, garantías, seguridades, acciones tranquilizadoras.

Todos somos conscientes de que estos desafíos, experimentados a lo largo de toda Europa con la misma intensidad, solo pueden ser enfrentados en común. Solo Europa, enfrentada a las superpotencias, a la dimensión de la eficacia, que ya no pertenece, aisladamente, a cada uno de sus miembros. Pero la puesta en marcha de esta eficacia implica que las Comunidades Europeas se consoliden y se fortalezcan. El Parlamento Europeo, ahora elegido por sufragio universal, es de aquí en adelante el portador de una responsabilidad particular. Para enfrentar los desafíos a los que Europa se enfrenta, nos debemos orientar en tres direcciones: la Europa de la solidaridad, la Europa de la independencia, la Europa de la cooperación.

Con la Europa de la solidaridad, en primer lugar, me refiero a la solidaridad de los pueblos, entre las regiones, entre las personas. En las relaciones entre nuestros pueblos, no se cuestionarán o ignorarán los intereses nacionales más fundamentales para cada Estado miembro de la Comunidad. Pero es cierto que, muy frecuentemente, las soluciones europeas se corresponden mejor con el interés común que las oposiciones permanentes. Sin que ningún país sea eximido de la disciplina y el esfuerzo que implican de aquí en adelante, en el plano nacional, las nuevas dificultades económicas, nuestra Asamblea deberá, sin descanso, recomendar que sean reducidas las disparidades que, en caso de agravarse, condenarán la unidad del mercado común y, en consecuencia, la situación de sus miembros más privilegiados.

Este esfuerzo de solidaridad social, es decir de nivelación económica y a veces financiera, se impone también para reducir las disparidades regionales. En este plano, la Comunidad ya ha conducido acciones concretas y eficaces. Esta política deberá continuar, siempre que sus resultados guarden proporción con las sumas gastadas.

Finalmente, y sobre todo, es entre los hombres donde deben desarrollarse los esfuerzos de solidaridad. A pesar de progresos reales y notables logrados en este ámbito en el curso de los últimos decenios, queda mucho por hacer. Pero, en una época en la que, sin ninguna duda, se les pedirá a todos los ciudadanos que acepten que su nivel de vida deje de aumentar o lo haga en menor medida, que acepten un control en el crecimiento de los gastos sociales, los sacrificios necesarios solo serán aceptados al precio de una auténtica reducción de las desigualdades sociales.

*(Aplausos)*

La principal finalidad de las acciones que es necesario llevar adelante en este ámbito, tanto a nivel de la comunidad como a nivel nacional, es el empleo. Nuestra Asamblea deberá consagrar una reflexión profunda a una situación nueva, en la que la demanda crece más rápido que la oferta. Esto tiene como resultado la frustración y la necesidad, para mejorar esta situación, de combinar las inversiones productivas, la protección de las actividades europeas más vulnerables y la regulación de las condiciones de trabajo.

Nuestra Europa debe ser también la Europa de la independencia. No debe ser una independencia agresiva y conflictiva, pero es esencial que Europa pueda determinar las condiciones de su desarrollo de manera autónoma. Esta búsqueda se impone con particular claridad en el ámbito monetario y en el de la energía:

- en el ámbito de la moneda, subrayamos el importante significado político que reviste para Europa la constitución reciente del Sistema Monetario Europeo, destinado a reestablecer, en el seno de la Comunidad, relaciones monetarias estables, afectadas desde hace algunos años por la incertidumbre, fortuita o no, del dólar.
- en el ámbito de la energía, la dependencia de los productores de petróleo constituye para Europa una importante desventaja. Para restablecer las condiciones de nuestra autonomía, la Asamblea podrá invitar a los gobiernos europeos a expresar aquí una voluntad de cooperación y de concertación que ha comenzado a manifestarse muy tarde. Será también necesario ampliar los esfuerzos de ahorro y la búsqueda de energías nuevas.

Finalmente, la Europa que deseamos debe ser la Europa de la cooperación. Las Comunidades ya han puesto en práctica, en el terreno de las relaciones con los países en vías de desarrollo, una cooperación que es en muchos sentidos ejemplar, y en la que se ha abierto una nueva etapa con la reciente negociación con los países asociados. La Comunidad desea ahora que la nueva Convención de Lomé sea firmada por todos los países que han participado en esta negociación.

Añadimos que si el nuevo contexto económico mundial implica que esta política de cooperación sea reforzada, también supone que tengamos en cuenta las crecientes disparidades que distinguen a los países en desarrollo entre sí, según sean productores de materias primas o no. En el marco de esta cooperación selectiva, Europa debe poder obtener las materias primas necesarias para sus actividades, ofrecer a sus socios ingresos justos, equilibrar las transferencias de tecnología con salvaguardas que aseguren que sus industrias puedan competir en condiciones de igualdad.

Por haber sido elegido por sufragio universal y obtener de esta elección una nueva autoridad, este Parlamento tendrá que jugar un rol particular para permitir que las Comunidades Europeas alcancen estos objetivos y superar así los desafíos que enfrentan. Al respecto, la elección histórica

*Puente @ Europa - Año VII - Número especial - Diciembre de 2009*  
del mes de junio de 1979 ha suscitado en Europa una esperanza, una inmensa esperanza. Los pueblos que nos han elegido no nos perdonarán el hecho de no saber asumir esta pesada, pero también apasionante, responsabilidad.

El Parlamento Europeo deberá ejercer esta responsabilidad en todas sus deliberaciones.

*(Aplausos)*

Desearía, sin embargo, subrayar cuánto, en mi opinión, su nueva autoridad lo llevará a reforzar su acción en dos ámbitos: por un lado, a ejercer más democráticamente su función de control, por el otro, a jugar más enérgicamente un rol de impulsor en la construcción comunitaria.

Nacido de la elección directa, el Parlamento Europeo podrá desempeñar plenamente su función de control democrático, que es la función primordial de toda asamblea elegida.

Le corresponde, en particular, por los poderes que le confieren los tratados, autorizar el presupuesto en nombre de los ciudadanos de la Comunidad. En adelante, en la Comunidad, como ocurre en todos los estados que la constituyen, es la Asamblea la que, elegida por el pueblo, vota el presupuesto. El presupuesto es el acto más importante sobre el que este Parlamento tiene poderes, pudiendo realizar enmiendas, e incluso rechazarlo por completo.

Desearía recordar la importancia del diálogo presupuestario en los diferentes estadios, tanto de la elaboración del proyecto como de su adopción definitiva. Es un procedimiento complejo, pesado, que supone plazos, idas y vueltas entre el Consejo y la Asamblea, pero esta complejidad tiene como contrapartida la posibilidad de hacer oír nuestra voz.

Sin embargo, esto solo puede resultar bien si se dan ciertas condiciones: por un lado, que estemos presentes, porque la presencia es necesaria. Por el otro, es evidente que nuestra fuerza será más grande, cuanto sea más unánime y también más desprovista de demagogia o de falta de realismo.

La primera tarea en el programa de este Parlamento consistirá por cierto en el examen en primera lectura del ante proyecto de presupuesto para 1980, que nos ocupará incesantemente.

Si examinamos de un modo más global el ejercicio de los poderes presupuestarios del Parlamento elegido por sufragio universal directo, hay un punto que me parece importante destacar. Me gustaría decir que un Parlamento responsable, cuando tiene que elaborar un presupuesto, no se debe limitar a detener un aumento de gastos, sino que también debe tomar en consideración la percepción de los ingresos. Esto es perfectamente consistente con la vocación democrática de este Parlamento. Sabemos que, históricamente, los primeros parlamentos del mundo se han constituido para autorizar la percepción de los ingresos.

[...]

El Parlamento debe igualmente ser un órgano de control político general en el seno de la Comunidad. En efecto, no creemos que las limitaciones propiamente institucionales de sus competencias puedan impedir a un Parlamento como el nuestro hacer oír en todo momento y en cada ámbito del accionar comunitario, la voz que le confiere la autoridad política que surge de su elección.

*(Aplausos)*

Corresponde también a nuestro Parlamento jugar un rol en el impulso en la construcción de Europa. Esto es particularmente cierto en un momento en el que, como hemos dicho, la primera necesidad de Europa es

la de un complemento de solidaridad. Este nuevo Parlamento permitirá a todos los ciudadanos de la Comunidad expresarse en la escena europea, contribuirá, al mismo tiempo, a explicar a las diferentes categorías que la integran las exigencias de la solidaridad europea, más allá de las preocupaciones inmediatas, siempre legítimas, pero que no deben jamás disimular los intereses fundamentales de la Comunidad.

No ignoramos, por supuesto, la organización de los poderes que existe dentro de la Comunidad y que confiere autonomía a cada institución.

Las funciones de iniciativa, por un lado, de decisión legislativa, por el otro, son atribuidas por los tratados a la Comisión y al Consejo. La autonomía de cada una de las instituciones, necesaria para el buen funcionamiento de las Comunidades, no impide que estas instituciones actúen fundamentalmente colaborando entre sí, y es en el marco de esta colaboración que el nuevo impulso que representa para la Comunidad la nueva legitimidad de esta Asamblea debe ser un factor eficaz de impulso.

Por lo tanto, es en el marco de la consolidación de la cooperación con el resto de las instituciones que nuestro Parlamento jugará más eficazmente su rol como promotor del progreso de Europa. Lo deberá hacer también tanto en el marco de consultas -que se pueden brindar sin límites-, como en el marco del nuevo procedimiento de concertación que debe permitir al Parlamento participar efectivamente en las decisiones legislativas de la Comunidad.

*(Aplausos)*

La voz de nuestra Asamblea, fortalecida por su legitimidad, alcanzará a todas las instancias de la Comunidad, y especialmente al nivel más elevado de decisión política. Pienso, en particular, en el Consejo Europeo.

*(Aplausos)*

Como es natural y normal en una Asamblea democrática como la nuestra, existen divergencias en los programas que deseamos poner en práctica, en las ideas que queremos defender y aun en torno a nuestro propio rol.

Evitemos, sin embargo, el error que nos llevaría a convertir nuestra Asamblea en un foro de división y rivalidades. Muy frecuentemente

en el pasado, las Comunidades Europeas dieron a nuestras opiniones públicas la imagen de instituciones bloqueadas, incapaces de alcanzar decisiones en los plazos necesarios.

Nuestro Parlamento habrá plenamente satisfecho las esperanzas que ha hecho nacer si, lejos de ser el lugar de resonancia de divisiones internas de Europa, logra articular y hacer que la Comunidad sea percibida como el impulso de solidaridad tan necesario en la actualidad.

En lo que me concierne, pretendo consagrar todo mi tiempo y fuerzas a la tarea que tenemos por delante. No ignoro que aunque todos somos descendientes de una civilización común y estamos formados por una cultura alimentada por las mismas fuentes, no tenemos necesariamente las mismas concepciones de la sociedad, ni las mismas aspiraciones.

Por lo tanto, estoy convencida de que el pluralismo de nuestra Asamblea puede constituir un factor que enriquezca nuestro trabajo y no un freno al avance en la construcción de Europa. Cualesquiera que sean nuestras diferencias de sensibilidad, pienso que, en efecto, compartimos la misma voluntad de realizar una Comunidad fundada sobre un patrimonio común y un respeto compartido de los valores humanos fundamentales. Es en este espíritu que quiero invitarlos a abordar fraternalmente los trabajos que nos esperan.

Que podamos, al término de nuestro mandato, sentir que hemos hecho avanzar a Europa. Que podamos, sobre todo, haber plenamente respondido a la esperanza que suscita esta Asamblea, no solamente entre los europeos, sino entre todos aquellos que, en el mundo, valoran la paz y la libertad.

*(Fuertes aplausos)*

#### **Notas**

<sup>1</sup> “La mujer luchadora” entrevista por Octavi Martí, *El País*, 2 de octubre de 2005.

<sup>2</sup> Agradecemos a los servicios de los archivos del Parlamento Europeo (DG1 Archives CARDOC) por procurarnos el texto en su versión original. La traducción y las notas quedaron a cargo del Coordinador Editorial.